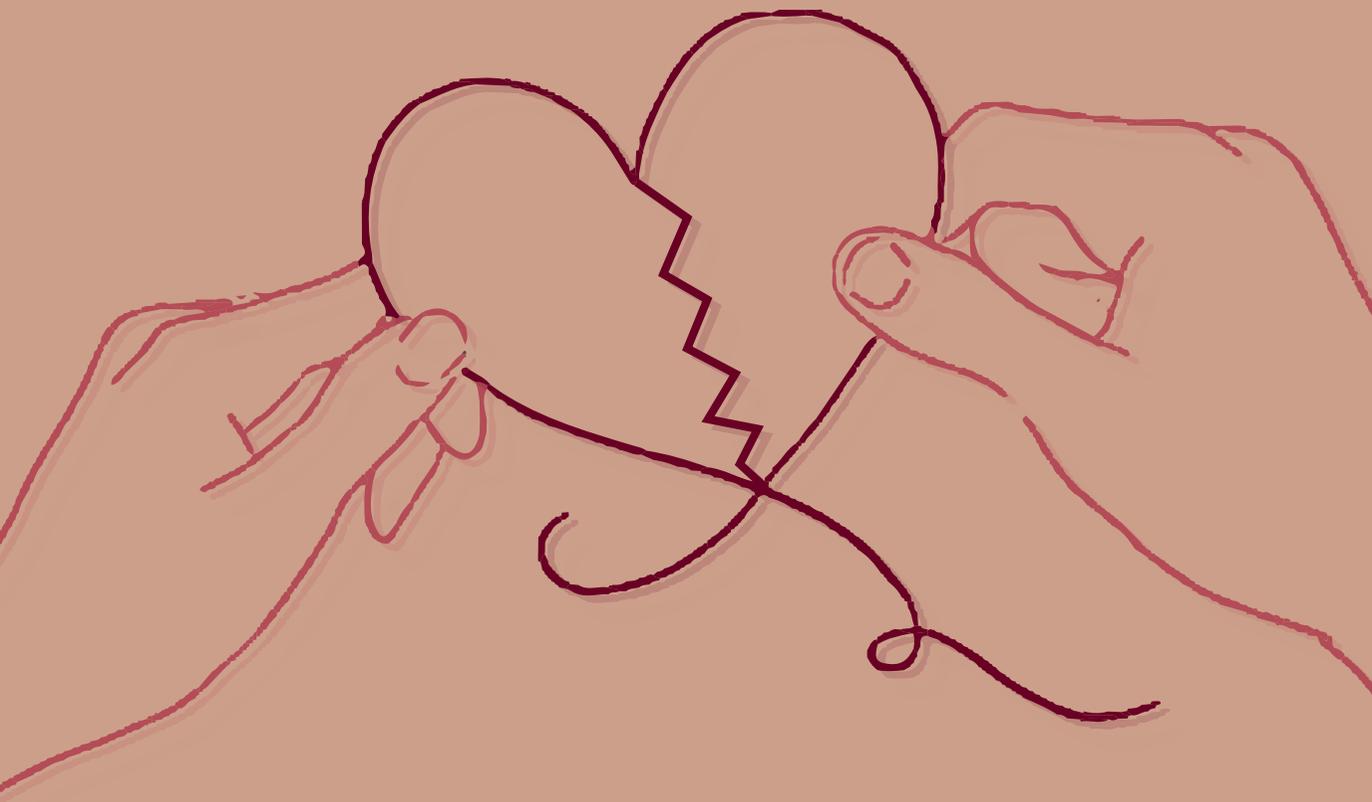


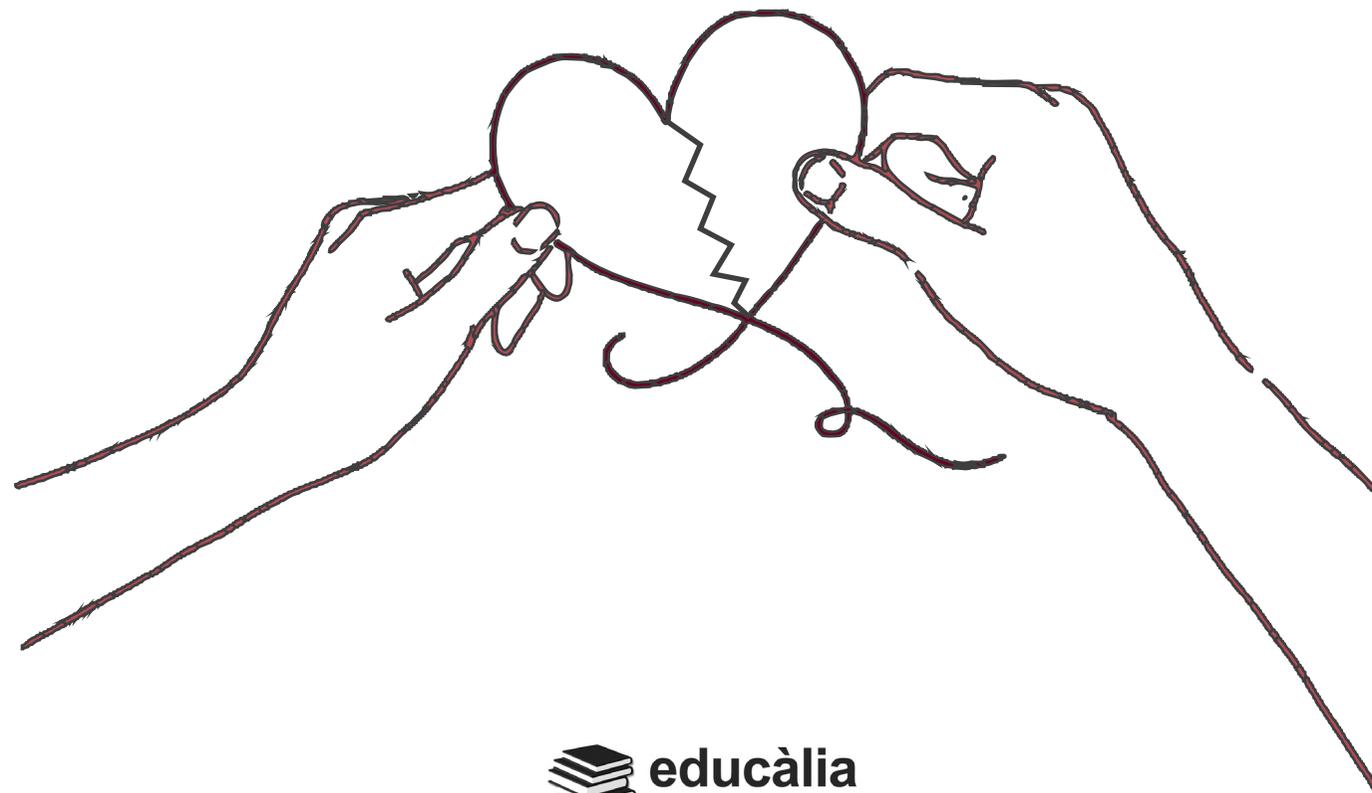
¿Otra? Otra más...

Irene Castellanos León



¿Otra? Otra más...

Irene Castellanos León



Primera edición, 2024

Autora: Irene Castellanos León

Maquetació: Ángela Fernández Carretero

Edita: Educàlia Editorial

Imágenes: Flaticon, Freepik.com

Imprime: Grupo Digital 82, S. L.

ISBN: 978-84-128612-1-1

Depósito Legal: V-1646-2024

Printed in Spain/Impreso en España.

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de ninguna parte de este libro, ni de imágenes ni de texto, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico o de otro modo, tanto conocida como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni está permitido almacenarlo en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Alguna de las imágenes que incluye este libro son reproducciones que se han realizado acogiendo al derecho de cita que aparece en el artículo 32 de la Ley 22/1987, del 11 de noviembre, de la Propiedad intelectual. Educàlia Editorial agradece a todas las instituciones, tanto públicas como privadas, citadas en estas páginas, su colaboración y pide disculpas por la posible omisión involuntaria de algunas de ellas.

Educàlia Editorial

Avda. de las Jacarandas 2 loft 327 46100 Burjassot-València

Tel. 960 624 309 - 963 768 542 - 610 900 111

Email: educaliaeditorial@e-ducalia.com

www.e-ducalia.com

*Para todas aquellas personas que han sido y son
valientes en esta lucha incesante.*

DEDICATORIA

*Para todos aquellos que viven en el presente lo que queremos borrar del
pasado y del futuro.*

*Todos podemos y debemos estar en alerta y ayudar. Observemos el
mundo que nos rodea.*

¿Otra, otra más?

Me llamo Anabel y tengo 14 años. Prefiero, de momento, no dar demasiados datos sobre mí, aunque todo el mundo me diga que tengo que ser valiente y contar mi verdad con pelos y señales. Bien, poco a poco, esto no es fácil para nadie. Lo que sí es fácil para mí ahora, es saber lo que quiero y a quién quiero en mi vida.

Hace dos veranos en mi casa las cosas empezaban a empeorar por muchos motivos. La tienda de mi padre no funcionaba como años atrás y mi madre no levantaba cabeza tras la muerte de mi abuela. Cuando llegaba a casa notaba cómo el ambiente era tenso y las palabras entre mis padres eran secas, distantes, entrecortadas...Algo pasaba, pero yo no estaba atenta como lo había estado en los últimos meses a cada movimiento que notaba a mi alrededor.

Un día, cuando venía de la biblioteca de coger uno de mis libros mensuales, una chica de más o menos mi edad, me dijo que menuda empollona era por salir de la biblioteca. Yo, seguí caminando, muy sonriente, como que la cosa no iba conmigo, con mi libro bajo el brazo y con muchas ganas de llegar a casa para empezar a leerlo. Pensé que ella no sabía lo que se perdía por pensar así; pero, fue algo que sinceramente no me agradó en absoluto.

Al llegar a casa, mi prima Celia que había venido a merendar con nosotros, me dijo un poco alterada, que ya era hora de venir a casa, que total para coger aquel libro no debería haber tardado tanto...Esta actitud de mi prima tampoco me gustó nada, pero pensé: "cada uno es como es". Sin embargo, notaba que mi interés por leer no era aceptado por mucha gente de mi entorno. "¡Lo que se pierden!" Incluso un día, que venía con un libro de la librería recién comprado después de ahorrar de mi paga bastante tiempo para conseguirlo, una señora en la fila de la caja intentó colarse diciéndome que yo tenía mucho tiempo en la vida para comprar y leer y que a ella el tiempo se le venía encima y que me apartara para pasar ella. En lo primero, llevaba razón la mujer y yo la dejé pasar (porque en casa me habían educado para que si algún adulto me decía algo yo jamás tenía que contestar y menos de malas maneras). Así que me callé y dejé que aquella señora ganara unos minutos de la vida que le quedaba por vivir. En fin...

Eran ya varias ocasiones, como os digo, callándome y empezaba a sentirme un tanto incómoda, sobre todo, cuando notaba que la gente me despreciaba sin haberles hecho nada.

¿Acaso me veían inferior por algún motivo? No lo entendía. La gente me hacía daño y yo lo estaba permitiendo; así que, un día, saqué el tema en casa.

Mis padres se quedaron un poco sorprendidos, pero volvieron a la carga con la misma cantinela de siempre: "No merece la pena contestar a gente que no te conoce...", "hay

que demostrar respeto y educación siempre”, “cuando te den en una mejilla, pon la otra...”

Pues nada, tendría que ser así...pero yo estaba segura de que no me lo merecía porque yo no actuaba así con el resto de las personas.



En el colegio también venía observando que la gente estaba un poco susceptible y a la mínima, los compañeros contestaban a la defensiva a cualquier cosa; e incluso, en alguna ocasión, dirigían esos ataques a algún profesor que no tenía por qué recibir aquellas contestaciones. Ellos se sorprendían, pero no tanto como lo habían hecho en años anteriores, ya que algún compañero había dicho alguna palabrota y habían llamado a sus padres para comunicarles su expulsión porque semejantes faltas de comportamiento no estaban permitidas en el centro. Parecía que aquel ambiente se estaba normalizando y eso, me preocupaba. En las conversaciones en el patio, también oía cómo compañeros se enfrentaban entre sí por comentarios que se habían hecho la tarde anterior en sus redes sociales y dichos comentarios llegaban al día siguiente en forma de furia, envidias y malas caras, que, a mí, solamente de verlas, me producían un sufrimiento tan grande que empecé, poco a poco, a sentirme incómoda en cualquiera de esas situaciones que acontecían día tras día.

A veces, pensaba que la rara era yo; como si estuviera fuera de onda...y eso, en el mundo donde estaba viviendo no era lo normal (a pesar de que a mí me gustara vivir en ese estado). Siempre intentaba calmar los malos humos de mis amigos; sin embargo, lo único que conseguía era que esa rabia acabara salpicándome a mí y que ellos me dijeran que las cosas no se solucionaban en silencio o callándoselas, sino que había que hacerlo incluso usando la violencia para lograrlo.



Poco a poco la que fue cambiando su forma de ser fui yo, y me convertí en aquella que a todo lo que le decían contestaba de malas formas y reaccionaba como si siempre estuviera enfadada. Me aconsejaban que hiciera mejor letra en los cuadernos de clase, contestaba con que ese era mi problema; me decían que no dejara nada de comida en el plato, respondía que no tenía más hambre; me preguntaban que, si quedábamos el sábado por la tarde, replicaba que tenía cosas más importantes que hacer...hasta que todo esto me hizo quedarme sola.

Empecé a encerrarme en mi cuarto para seguir leyendo todos aquellos libros que no me producían ningún tipo de angustia, ni quebraderos de cabeza. Ellos me daban paz y serenidad. Claro está que todo esto empezó a preocupar mucho a mis padres y trajo problemas a la familia. Mis padres discutían porque no salía de mi cuarto más que para

ir al colegio y a la biblioteca. Mi madre decía que no tenía nada de malo lo que yo estaba haciendo; sin embargo, mi padre lo veía como un aislamiento que estaba haciendo que me perdiera los bonitos años de mi adolescencia.

Una tarde mi padre entró en mi cuarto y me dijo que me vistiera de inmediato que saliáramos a dar una vuelta por el barrio.



Los paseos con mi padre me parecieron, en un principio, un severo castigo. Caminábamos sin rumbo fijo y lo único que oíamos era las conversaciones de las personas que estaban a nuestro alrededor. Unos hablaban de sus proyectos familiares, otros de las próximas vacaciones, otros de los problemas que había en la ciudad... Cada cual tenía una conversación diferente y nosotros no teníamos ninguna... En uno de nuestros paseos mi padre me preguntó si quería ir a pasar las vacaciones al pueblo y así poder reencontrarme con aquellos amigos que solamente veía de verano en verano. La verdad que eso tampoco me motivaba, porque con aquellos que mi padre llamaba "amigos" ya no tenía ninguna relación ni ningún punto en común que pudiera hacer especiales nuestros reencuentros. Le dije que no me apetecía, que prefería quedarme en casa y que él y mi madre, si querían, se podían ir. Me respondió, sin argumentos válidos para mí, que no podía quedarme sola y que ellos estarían intranquilos sin mi presencia en el pueblo. Intentamos llegar a un acuerdo y en un momento de arrebato, porque ya me estaba agobiando con el tema, le dije que me tenía hasta las narices, aunque de otra manera menos correcta...

Aquello fue el colmo y mi padre me dio una bofetada que hizo que todo el mundo a nuestro alrededor nos mirara extrañado y que incluso algún niño soltara alguna risita por el espectáculo que estábamos dando. Mi padre se puso muy colorado, me reprochó que todos los problemas que él tenía con mi madre eran por mi culpa y me echó en cara lo poco agradecida que estaba pesar de todo lo que hacían por mí.

Al día siguiente también tocó paseo, pero esta vez con mi madre.

Ella estaba con un semblante bastante triste y le pregunté qué le pasaba. Ella me contestó que el problema era qué me pasaba a mí y fue entonces cuando empecé a llorar; le dije que el resto del mundo no era como ella y que me sentía maltratada verbalmente en nuestro entorno. Ella me contestó que la vida era así y que a lo largo de ella había que afrontar muchos momentos desagradables... y entonces, ella comenzó a llorar desconsoladamente.



—¿Mamá, por qué lloras? ¿Es por mi culpa?

Me dolía el estómago y me palpitaban las sienes mientras unas lágrimas se deslizaban por mi rostro.

—Lloro por la vida hija—me contestó—. Yo también he tenido tu edad, he vivido momentos más duros que los que estás viviendo tú y he intentado siempre que no se me notase la angustia que llevaba dentro... pero ¡ya no puedo más! Creo que necesito estar sola una temporada y he pensado que me voy a ir a vivir al pueblo sin tu padre y sin ti para intentar que esta mala racha pase, aunque lo veo difícil...

—¿Pero...? ¿Yo sola aquí con papá...? No sabré vivir diariamente sin tu presencia y eso me provocará un dolor enorme...

—Lo siento, la primera que necesita quitarse el dolor que lleva dentro soy yo, la decisión ya está tomada.

—Mamá, no nos abandones, intentaré cambiar, te lo prometo...

—No es cuestión de cambiar sino de que os deis cuenta de si podéis vivir sin mí y de si yo soy capaz de deshacerme de esta angustia que me persigue...

Pero ¿de qué angustia me hablas?

—No lo entenderás hasta que seas un poco mayor y veas cómo la gente se comporta. No somos conscientes del dolor que producen nuestras contestaciones, nuestros gestos, nuestros actos...

—Mamá, ya he notado esas cosas que me dices y aunque aún soy pequeña, lo percibo, lo siento, lo sufro...

—No se hable más. Aún te queda mucho por vivir; sólo espero que lo hagas en mejores circunstancias personales que yo.



Me quedé tan hundida que empecé a tener pesadillas por las noches. Soñaba que mi madre se iba y no volvía más, que mi padre encontraba otra pareja y tenía que convivir con ellos en casa, que mi vecino me maltrataba verbalmente cada vez que me veía en el rellano de la escalera...y muchas veces me despertaba llorando y desorientada sin saber si lo que acababa de vivir era tan solo un sueño o parte de realidad.

La realidad fue que mi padre empezó a venir tarde a casa y siempre me decía que tenía mucho trabajo. Veía a mi madre tan solo los domingos y nos contábamos todo lo ocurrido durante la semana. Un día le conté que mi padre venía muy tarde de trabajar y le